

La despertó un soplo caliente en la cara, un olor fuerte que, años más tarde, del otro lado del Atlántico, en otro hemisferio, iba a permanecer en su memoria.

Ya antes de abrir los ojos, ese aliento cálido le devolvió todo lo que el sueño había postergado: entumecimiento, piernas y pies paralizados por el frío. Había dormido envuelta en el pesado capote militar; se había cubierto con lonas y arpilleras encontradas en un rincón del cobertizo, y el agotamiento que la había derribado inmediatamente postergó también el asco ante el olor y la suciedad que habían acumulado esos trapos. Y ahora un aliento animal la despertaba, y era su calor lo que la devolvía a esa nieve cercana que unas pocas horas de sueño le habían permitido olvidar.

Abrió los ojos sin moverse. El ciervo la miraba fijamente. Tenía el pelaje rojizo y jadeaba. Acercaba el hocico para olerla: primero la cara, luego el pelo; finalmente se alejó y salió al aire libre. Ella se incorporó. La puerta de madera del cobertizo había quedado entreabierta; volvió a ver, ahora bajo el sol débil, indeciso de una mañana de enero, la nieve brillante y

en ella las huellas del ciervo, que se perdían entre los troncos blancos de los abedules, y en esas huellas manchas rojas, oscuras, de sangre.

Echó a un lado los trapos, la arpillera con que se había cubierto, y se incorporó. Entreabrió el capote, deslizó las capas de ropa interior hasta los tobillos, se puso en cuclillas y orinó. Aliviada, cargó en la espalda la mochila y salió al aire helado del bosque. Hundía con cuidado las botas en la nieve, evitando la escarcha que rodeaba la base de los árboles. A los pocos metros encontró, tendido, todavía jadeando pero ya sin fuerzas para alejarse, al ciervo rojo; tenía un flanco desgarrado por una dentellada. Qué raro, iba a pensar años más tarde, cuando esa imagen la visitara con más tenacidad que cualquier otra: los lobos grises no dejan escapar una presa antes de acabar con ella. El ciervo gemía. Un reflejo compasivo la llevó a sacar del cinto el cuchillo reglamentario, pero vaciló en usarlo para aliviar al animal del resto de vida que agonizaba. Finalmente se alejó. Quería llegar al río antes del anochecer y no tenía idea de la hora.

El río estaba helado y en su parte más estrecha parecía posible cruzarlo con unas pocas zancadas. Pero ella cargaba unos veinte kilos de lastre cosidos al ruedo del capote, ya pesado de por sí, y una mochila a la espalda. Arrojó una piedra sobre la superficie lisa, luminosa: aunque rebotó sin romper el hielo antes de quedar inmóvil, no quedó convencida. Buscó con la mirada algún puente. Lejos, ya cerca de la ciudad, en una parte más ancha del río, distinguió la sombra ne-

gra, chamuscada de un puente roto, dinamitado sin duda durante la retirada: aunque sus pedazos se hundían en el hielo parecía posible, aferrándose a ellos, cruzar el río sin pisar la superficie poco segura. Se puso en marcha en dirección a esa ruina.

Descascarados, ennegrecidos letreros de metal esmaltado aún declaraban los viejos nombres, hoy cancelados, de la ciudad: Cieszyn del lado polaco del puente, Český Těšín del lado checo, tachados ambos por una gruesa barra negra; más alto, otro letrero, reciente, aún lustroso a pesar de los impactos de bala, declaraba el nombre alemán de la ciudad, Teschen, y en un ángulo el escudo imperial y la inscripción victoriosa: Deutsche Reich. Pero ella no prestó atención a estas informaciones; las registró sin pensar que años más tarde las recordaría como datos elocuentes del momento histórico que había vivido. Pero entonces sólo le importaba llegar a una meta: Ostrava, de donde probablemente aún partieran trenes, trenes donde, al presentar su salvoconducto, que la declaraba *Aufseherin* en los servicios disciplinarios del Reich, no iban a rehusarle un lugar en dirección al suroeste, a Brno, de donde no le sería difícil alcanzar Viena.

La calle principal, o la que supuso tal por su ancho, por sus edificios públicos de molduras y atlantes ennoblecidos por el hollín, por sus comercios atrincherados tras cortinas metálicas, con vidrieras ciegas y letreros eléctricos apagados, huellas de una pretérita, suspendida actividad, estaba desierta. Avanzó por la calzada en medio de un silencio que no hubiese es-

perado encontrar en una ciudad. Un tranvía incendiado yacía sobre sus rieles, imponente y anodino como la carcasa de algún animal prehistórico; en uno de sus lados permanecía adherido, aún legible, un afiche de la opereta *Das Land des Lächelns*, que se presentaba, o se había presentado, acaso hasta poco antes, en el teatro municipal. («El país de las sonrisas»: años más tarde, ese título le iba a parecer irónico para ese lugar y esa fecha; en el momento en que lo leyó no la hizo sonreír.) Lejos, de algún suburbio, asomaban chimeneas de fábricas pero ningún humo; partículas de carbón, sin embargo, flotaban en el aire: se habían ido depositando sin llegar a imprimir puntos negros en la nieve, más bien disolviéndose hasta conferirle una pátina de color gris acerado.

Buscaba algún cartel que indicase el camino hacia la estación de ferrocarril, aunque empezaba a sospechar que ningún tren partía ya de la ciudad. Detrás de la ventana de un segundo piso, vio a una niña con la mirada perdida en una lejanía indefinida; le sonrió y la saludó con un movimiento de la mano; no hubo respuesta, y al observarla más detenidamente advirtió que sus ojos estaban cubiertos por una membrana blancuzca.

Tenía frío. Sólo comía, disciplinadamente, un cuadrado por día de la barra del chocolate vitaminado reservado para los soldados que evacuaban los restos

de las cámaras de gas. Había dejado las oficinas administrativas del campo en la mañana del 25 de diciembre, mientras los pocos oficiales que no lo habían abandonado dormían sin despertarse entre eructos con aliento a schnaps, bajo adornos navideños que habían llegado de Berlín una semana antes, trenzas de papel dorado para tender entre las ramas de los pinos, guirnaldas de muérdago artificial (*Kunststoff*), con bayas rojas, para colgar sobre las puertas, lamparitas de colores que habían estallado ante la irregular descarga eléctrica de los enchufes del campo.

Semanas antes había escuchado los primeros rumores sobre el avance del Ejército Rojo. «Antes de matarte, te van a violar docenas de comunistas y judíos», le había susurrado al oído, riéndose, el cabo Grudke; «imagínate el olor...» Como había aprendido a hacerlo siempre que una palabra dicha podía comprometerla, ella guardó silencio; tampoco sonrió ni demostró miedo. Sabía que el cabo tenía las llaves del depósito donde se almacenaban, entre las bolsas de arpillera que guardaban el pelo destinado a una fábrica de pelucas y postizos de Munich, otras bolsas más pequeñas, de algodón, cerradas con un pequeño candado, llenas de dientes de oro. Le clavó los ojos y dejó aparecer en su boca un atisbo de sonrisa: «Pues si es eso lo que nos espera, bebamos por nuestra última Navidad...», murmuró, manteniendo, desafiante, la mirada en los ojos del cabo, ya alcoholizado. Él abrió otra botella de Malteser Kreuz. Ella se mojó los labios mientras él tragaba el contenido del vaso. Más tarde,

incapaz de lograr una erección, Grudke cayó dormido a su lado. Ella se alisó la blusa que él había manoseado y se incorporó. No tuvo dificultad para encontrar la llave, atada al cinturón del uniforme del cabo.

Ahora avanzaba cada vez menos convencida de haber acertado con el camino que la llevase a la estación de tren. Llegó a una plaza desierta, que debía de haber sido la principal de la ciudad, y vio un carro vacío estacionado ante una pequeña puerta, a un lado de una fachada imponente. El caballo, cubierto con una manta agujereada, resoplaba con dificultad. Se le acercó y le pasó una mano por el lomo: estaba caliente a pesar del frío; inmediatamente se frotó la cara, primero una mejilla, luego la otra, contra esas crines de olor acre que le transmitieron un poco de calor. Cerró los ojos. Pensó que podía dormirse así, de pie, con la cara sobre esa almohada viva, palpitante. Dejó pasar unos minutos hasta sentir que los pies, a pesar de las botas y los zoquetes de lana, al estar inmóviles sobre la nieve empezaban a entumecerse.

De ese entresueño la arrancó una voz de hombre.  
–*Was wollen Sie, was machen Sie hier?*

Estuvo a punto de contestar con la imitación del idish, o más bien de alguna de las variedades de acento idish que había aprendido a imitar de los prisioneros, pero inmediatamente recapacitó: el hombre le había hablado en alemán, con apenas un dejo de acento checo.

–*Ich möchte nach Ostrau, nach Brünn...*

*–Kommen Sie herein.*

El hombre no la invitaba, más bien le daba una orden. Pequeño, de barba blanca amarillenta, tan descolorida como su gorro de lana, la condujo, rápido y seguro, por pasillos y entrepisos, depósitos atestados de telas enrolladas, jaulas doradas, sillas tapizadas de pana escarlata, un farol de cartón, objetos que en un primer momento le parecieron incongruentes, que sólo más adelante comprendería que eran decorados y accesorios de teatro. La agilidad de su guía contradecía la edad que sugería su aspecto. Finalmente llegaron a una plataforma y descubrió frente a ella una platea apenas iluminada por las llamas de gas de dos picos, a ambos lados de lo que ya había reconocido como un escenario. Detrás de ellos aún colgaban telas polvorientas donde la pintura resquebrajada representaba pagodas, sauces llorones y un puente corto, color de lacre, sobre un río de color turquesa. En medio de las tablas había un calentador a alcohol y sobre su llama una cacerola y en la cacerola una mezcla cálida, fragante: aguardiente, clavo de olor y azúcar negra.

El hombre tomó dos tazas de hojalata y las llenó del grog. Ella le agradeció con una sonrisa, sin hablar. Por primera vez desde que había abandonado el campo empezó a sentirse segura, paradójicamente frente a un desconocido, en el escenario de un teatro abandonado, tierra de nadie, refugio de una ficción barata. Aquí, pensó, podría hacer un alto, acaso descansar. Tres días antes había elegido un pasaporte con la palabra «Jude» estampada en letras góticas por un sello

de goma, cruzando el nombre de Taube Fischbein, una mujer que había ingresado en la cámara de gas el mes anterior. Nadie advertiría la desaparición de ese documento: era ella la encargada de quemarlos todos los lunes. La fotografía, tomada en tiempos menos aciagos, mostraba un rostro sonriente; la identificación declaraba pelo castaño, ojos marrones, como los suyos. ¿Cómo justificar que, aunque delgada, ella no pareciera haber sufrido privaciones? Sin excesivo optimismo, pensó que podría explicarlo, simulando la debida vergüenza, por el empleo como judía encargada de la disciplina de algún pabellón: las *kapo* tenían derecho a raciones suplementarias.

Sentados en unos bancos bajos alrededor del calentador, él le explicó que la mayoría de las líneas de ferrocarril estaban interrumpidas o circulaban irregularmente, sin horarios fijos, que sólo algunos convoyes militares de la Wehrmacht pasaban por la estación de Ostrava. Él podía llevarla en el carro hasta Brno: tenía que devolver al teatro de esa ciudad, sin más demora, la escenografía de la opereta que se había representado en Teschen hasta cinco días antes. A ella no le pareció absurdo este escrúpulo de puntualidad en medio del caos: en el campo mismo, muchos empleados, incluso los encargados de vaciar las cámaras de gas, se empeñaban en respetar las tareas y horarios cotidianos, y si alguien mencionaba ante ellos el avance del Ejército Rojo, replicaban indignados que se trataba sólo de rumores, difundidos desde Londres por la judería internacional.

Ofreció su ayuda para empacar kimonos y abanicos, para enrollar telones que sucesivas capas de pintura habían ido dejando cada vez más rígidos, donde se descascaraban gradualmente paisajes orientales. El hombre la rechazó con un gesto breve donde se resumía su orgullo profesional («yo sé cómo se hace») y la invitó a dormir en uno de los palcos mientras él se ocupaba de su tarea. Ella se acostó precariamente sobre dos butacas que colocó lado a lado y, después de distraerse un momento observando las cucarachas que circulaban sobre la felpa roja del reborde, se durmió sin que la incomodidad de su posición la desvelara.

Se vio avanzando por una Viena recordada, que en el sueño veía próspera y alegre como nunca la había conocido, como no lo había sido desde el final de la otra guerra. Avanzaba en medio de la nieve, sin frío ni esfuerzo, como si no llevara cosidos al ruedo del capote militar veinte kilos de dientes de oro. Buscaba a cincuenta metros del Schottenring al joyero que había entrevistado en su infancia, el hombre con quien se acostaba su madre. Él tenía que reconocerla: la dejaba jugar, a ella, la hija de la sirvienta, con collares y pulseras de fantasía mientras los grandes hacían crujiir el diván de la trastienda y del lado de adentro de la puerta se balanceaba un cartón que anunciaba MITTAGSPAUSE. Sí, él no podría dejar de comprarle el botín que le permitiría huir de Europa antes que Europa desapareciera para siempre bajo los soviéticos y los norteamericanos. Ella no entendía de política,

sólo sabía que todos se las iban a arreglar para sobrevivir bajo los nuevos amos, menos ella y los suyos, marcados por un servicio que los judíos no perdonarían.

Ese sueño, impregnado de impaciencia y deseos tan fuertes que borraban toda angustia, toda incertidumbre, iba a volver varias veces, después de abandonar el refugio del palco para subir al pescante del carro, donde cada barquinazo la despertaba entre árboles blancos, esqueléticos. Entreveía al borde del camino a individuos, a familias enteras que arrastraban en la nieve carretillas cubiertas por lonas, cargadas sin duda con bienes que imaginaban salvar del desastre. El hombre –en algún momento advirtió que no sabía su nombre, que se había confiado a un desconocido, a un grog y a un palco de teatro donde descansar– azuzaba al caballo sin obtener más que un trote fatigado, resoplidos espasmódicos, ninguna energía. Al anochecer se levantó viento y la nieve empezó a golpearles la cara.

En las afueras de Ostrava durmieron en un establo. El hombre anudó las riendas del caballo a su brazo derecho para despertarse si intentaban robárselo. Cuando ella se despertó, él ya estaba de pie y ponía en la boca del animal pienso que había descubierto amontonado en un rincón. El caballo masticaba sin entusiasmo. Recordó entonces que el hombre había pagado por ese precario alojamiento y sin duda también por ese alimento ya seco; extrajo de un bolsillo anterior la barra de chocolate vitaminado y le ofreció un cuadrado. Él lo examinó sin ocultar su admiración.

–*Schweizer Schokolade!*

Y para justificar su reacción buscó en un bolsillo el resto de una oblea recubierta de chocolate. El papel anunciaba la marca Olza. Se la mostró riendo. Ese nombre, que para tantos polacos y checos era el del chocolate más popular, para ella era sólo el del río helado que había tenido que cruzar entre ambas secciones de Teschen.

Un sol tímido se abría paso entre las nubes. Habían vuelto a sentarse en el pescante, el carro había recorrido apenas un centenar de metros, cuando de pronto, sin un gemido de advertencia, el caballo se desplomó y el carro quedó ladeado, parte de su carga desparramada sobre el empedrado. Más sorprendida que asustada, se incorporó y observó al hombre que se inclinaba sobre el caballo, le hablaba, lo acariciaba, finalmente se echaba a llorar sobre él.

Ella no se demoró en ese momento de duelo. Recorrió con la mirada el poblado suburbano en medio del cual se hallaba hasta descubrir una silueta que se desplazaba rápidamente, pegada a la pared de la vereda de enfrente, cabizbaja, sin atender al llanto y a la muerte que ocupaban el centro de la calzada: una mujer con la cabeza y los hombros envueltos en un chal. Se le acercó y sin titubear le preguntó en alemán por la estación de tren. La mujer no alzó los ojos ni habló. Con la mano indicó una dirección y continuó su

camino. Ella miró una vez más al hombre que lloraba sobre el caballo derrumbado. Luego se alejó.

Iba a recordar esa imagen, ante la que sólo se había demorado unos segundos, con más nitidez que los episodios siguientes: la calesita abandonada donde durmió en las afueras de Brno, primero sentada en un minúsculo cupé que alguna vez había estado pintado de blanco y dorado; luego, cuando el frío la obligó a buscar abrigo, en el cilindro central, en medio del olor a metal herrumbrado y a bosta seca; las horas echada sobre un banco de madera en la sala de espera de tercera clase de la estación de tren de Brno, por donde ningún tren pasaba. De allí quiso desalojarla el jefe de estación, el mismo que, después de intentar devolverla a la intemperie, se había apiadado y la había invitado a su casa, un pequeño pabellón de arquitectura fantasiosa edificado a un extremo del andén; la sopa de nabos y repollos que le había servido su esposa y, sobre todo, el baño caliente que le habían ofrecido, y que ella vaciló en aceptar por miedo a desprenderse del capote donde cargaba toda su esperanza de porvenir, hasta que finalmente se decidió a sentarse en una especie de palangana, en medio de la cocina, con el capote visible sobre una silla cercana.

Al alivio de una higiene rudimentaria sucedió el disgusto de volver a vestirse con prendas sucias, que ahora picaban sobre la piel limpia, que olían como antes no lo había advertido. Se preguntó qué la hacía merecer, por segunda vez, la hospitalidad de desconocidos. No podían tomarla por checa... ¿Simpatiza-

ban con el ocupante alemán? ¿Y si la creían judía? Mientras la esposa del jefe de estación aceptaba su ayuda para lavar los platos, oyó por primera vez, en el alemán aproximativo en que la mujer pronunció pocas palabras, una que respondió a sus dudas:

—... *eine Vertriebene...*

Sí, era eso: la reconocían como una fugitiva, y esa condición importaba más que su identidad registrada en cualquier documento, más que los poderes en conflicto de los cuales quería escapar: ante los ojos ajenos, era una mujer que huía y eso bastaba.